

siempre lo peor, resolvió obrar por sí misma, y persuadida de su fuerza se dispuso á reformar por sí sola la sociedad.

Nada de mas generoso que el primitivo juramento; nada mas sublime que los primeros pasos de esta carrera de la reforma: aquella asamblea fué ciertamente la mas pura y magnánima y su memoria durará perpetuamente. Compuesta de lo mejor de Francia, sus decisiones aprovecharon para el porvenir, no solo de aquel país, sino del mundo. Audaz al mismo tiempo que moderada, entre la ambicion de los unos y la tenacidad de los otros, dió á conocer á la nacion sus derechos de los cuales no tenia ésta sino una idea vaga, y enseñó al rey sus deberes, aunque apoyándolo. Pero muy pronto las pasiones y la inesperienza la estraviaron: en vez de la fraternidad universal adoptó y decretó esclusiones odiosas; manifestó contra el clero todos los recelos del antiguo gobierno y envileció al trono con sospechas. Escluyendo á sus individuos de los consejos del rey y á los ministros de las discusiones legislativas, impidió la union del poder monárquico con la representacion nacional que es la esencia de los gobiernos parlamentarios. Concediendo al pueblo la eleccion de todos los empleos y hasta de los agentes del rey, constituyó el desórden administrativo al lado del desórden del gobierno, complaciéndose en humillar á la corona con despojarla de todo medio de accion. Al abrirse la asamblea el rey lo podia todo y el pueblo nada: al cerrarse, el pueblo era el que decidia y el rey se limitaba á ejecutar, viéndose reducido al papel de magistrado hereditario con una pension de treinta millones de francos, el veto, el ejército, y el nombramiento de los altos empleos judiciales y administrativos. Pero prescindiendo de la existencia de una sola camara, porque no se habria tolerado entonces ni aun la sombra de la aristocracia, ¿qué venia á ser la monarquía cuando al poder ejecutivo no se le habia dejado iniciativa alguna en la proposicion de las leyes, ni derecho para disolver la cámara y apelar al país, ni la sancion de los decretos sobre impuestos, ni el nombramiento de los jueces y funcionarios civiles y militares, á escepcion de muy pocos, ni la facultad de suspender ó destituir á un empleado díscolo, prevaricador ó traidor? Hallábanse en completa independencia del poder ejecutivo un millon trecientos mil agentes encargados de la ejecucion de las leyes y delegados directos del pueblo: anarquía que por reaccion debia producir despues la centralizacion tiránica del comité de salvacion pública y la del imperio. La asamblea confiscando los bienes del clero y de los emigrados, atacó la propiedad; con los asignados arruinó el crédito; con el divorcio y con abolir la pena paterna y los derechos de primogenitura atacó la familia; con la supresion de los gremios y maestrías dejó aislado al operario: medidas todas al parecer funda-

das en razon, y que hoy vemos á qué estrecho condujeron al país.

A pesar de todo, sin embargo, la asamblea sin armas venció á un poder custodiado por trescientas mil bayonetas y defendido por la costumbre de dos siglos; empobreció al clero, pero lo conservó; hizo ciudadana á la nobleza; con elevados fines y por medios desinteresados destruyó inveterados abusos; introdujo la humanidad en la legislacion; proclamó principios, muchos de los cuales no se borrarán ya del derecho público; y estableció muchas instituciones que andando el tiempo fueron aceptadas como preciosa herencia. Si despues de destruido lo antiguo y sembrado todo lo nuevo que luego fructificó, hubiese comprendido que no bastaba declarar derechos abstractos ni tampoco poner al país en posesion de derechos positivos, sino que tambien era necesario proporcionarse los medios de asegurar el goce de sus derechos y de robustecer el poder social, la posteridad habria bendecido sus esfuerzos. Pero en vez de esto comenizó con un absurdo y se dejó arrastrar tras una larga anarquía (1).

Barnave y los hombres mas juiciosos aconsejaban al rey que se mantuviera fiel á la constitucion, y Luis parecia resuelto á seguir este consejo. De este modo la asamblea nacional constituyente se disolvió, (30 de Setiembre de 1791) declarando terminada la revolucion, cuando lo que se hacia era disolver el único cuerpo que podia aun dirigirla y contener los desvarios de unos cuantos locos.

ASAMBLA LEGISLATIVA.—POLITICA EXTERIOR.

A la asamblea constituyente sucedió la asamblea legislativa, dirigida por la metafísica de Condorcet como aquella lo habia sido por la de Sièyes. En la derecha no se sentaba ya ningun noble, ni aun los animosos y valientes de la asamblea nacional, sino solo algunos partidarios de ésta llamados *constitucionales*, á cuya cabeza estaba Lafayette, que habia renunciado el mando de la guardia nacional, como Bailly la presidencia del ayuntamiento, y pretendia mantener la balanza entre el rey y el pueblo, elevando la libertad sobre los partidos. Los diputados de la izquierda repetian que se habia hecho poco y lentamente, exaltados como estaban por la oposicion y por el deseo de adelantos no probados en la piedra de toque

(1) Malouet decia de aquella constitucion: "No hay mas constitucion libre que la que pone término á una revolucion, y que es propuesta, aceptada y ejecutada con formas tranquilas, libres y justas. Todo lo que se hace y se desea con pasion antes de haber llegado á este punto de reposo, ya se mande ya se obedezca al pueblo, ora se pretenda adularlo, ora engañarlo, ó bien servirlo, es efimero y desaparece al primer soplo de viento."

de la esperiencia. Estos, por ser sus principales campeones, diputados del departamento de la Gironda, fueron llamados *girondinos*. Eran sus jefes, Condorcet, el progresista republicano, y Brissot, partidario del materialismo de Helvecio, predicador de la individualidad y del contrato social, esto es, de la adhesion de todos, que por consecuencia creia la ley menos lejana del derecho cuando era votada por el municipio, y opinaba por tanto en favor de la absoluta descentralizacion. En esto consistia la teoría de los girondinos, hombres cultos, intrépidos en la lógica materialista del tiempo, que tenían por cierto todo lo que era político, y que compitiendo con los jacobinos para captarse el favor popular, se lanzaban por vias tortuosas y estremas, envidiosos de la corte, temerosos del pueblo, demasiado amantes de sí propios para amar á la patria; inspirábalos madama Roland, jóven y hermosa, inflexible en sus ideas romanas, y que en toro suyo, sin desdecir de la igualdad republicana, mantenía una elegancia y cortesania olvidadas ya en todas las demas reuniones.

La escuela *puritana* por el contrario, esenta de ideología, conocia los abusos y queria desarraigálos, sin consideracion al órden social y mirando la revolucion como una aplicacion rigurosa de los cánones filosóficos. Los girondinos, discípulos de Rousseau, literatos y metafísicos, deprimieron el trono cuando formaron la izquierda de la asamblea legislativa; despues, formando la derecha de la convencion, quisieron deprimir la Montaña; no aceptaron las duras necesidades de la justicia social; no osaron admitir aquellas providencias ásperas y violentas que quizá eran inevitables para salvar la Francia; protestaron contra los ultrajes que recibia la humanidad; pero siendo esencialmente clásicos, ni aun ellos comprendieron el sentimiento religioso, hablando de virtud cuando negaban á Dios de quien únicamente procede el significado de esta palabra, y ensalzando la libertad al paso que rechazaban la justicia eterna, única que la puede vindicar. Así que, entre ellos sobresalieron los oradores, de que fué ejemplo Vergniaud, elocuente como Mirabeau y mas noble que él; al paso que entre los puritanos el primero era siempre el hombre de accion, aunque este fuese Marat. Los girondinos veian la república en el gobierno de cada cual por sí propio, los puritanos ó los jacobinos en la dictadura: aquellos querian quitar su predominio á Paris, éstos reducirlo todo á una indestructible unidad: los primeros, como representantes de ciudadanos educados por filósofos, eran adictos á la propiedad, mediante la cual se ejercia el derecho individual; los proletarios por su parte pedian la nivelacion con el ansia fiera de vengar la opresion sufrida y medrar en la sociedad [1]. Verg-

[1] Sin embargo, Brissot fué el autor de la fórmula hoy resucitada: *la propiedad es el robo*.

niaud opinaba que "la conservacion de la propiedad era el primer objeto de la union social, y que sin ella no habia libertad," mientras Robespierre y los jacobinos sostenian que la propiedad traia su origen de la soberanía.

Creció la importancia de los clubs contenidos hasta entonces, ó por consideraciones de respeto ó por lealtad, reuniones en que se hablaba á la imaginacion, no á la razon, y que por tanto prevalecian sobre todo sistema moderado. El club de los jacobinos votaba y deliberaba á voluntad de Robespierre; Danton, franco y descarado, reunia á los mas corrompidos y venales en el club de los franciscanos; el vulgo aplaudia como siempre á quien adulaba sus pasiones, y las nobles frentes de los girondinos debieron doblegarse ante desnudos brazos.

Comenzó inmediatamente la reaccion en el exterior. Los reyes de Europa, á escepcion del de Inglaterra, eran absolutos, no tiranos; aspiraban á mejorar, pero pacífica y sucesivamente, procediendo de alto á bajo. Envidiosos de la grandeza de Francia, no habian visto con desagrado la revolucion, que debilitando á los Borbones, abria campo para nuevas conquistas; pero muy pronto conocieron que aquella agitacion, que ellos creían pasajera y local, era constante y espansiva; advirtieron en breve que no se reducía á una discusion política, sino que ofrecia un peligro social; pues que proclamaba máximas tan espantosas para los tronos como halagüeñas para los pueblos, tratando de introducir en la sociedad un tercer estado hasta entonces desconocido, de examinar el derecho de los nobles, de los fuertes, de los ricos, y de resolver el teorema de la conquista, ya que Sièyes habia proclamado que *si el fuerte llega á oprimir al débil, produce un hecho, no una obligacion*. En suma, los reyes vieron que en Francia se discutía la suerte de todos los Estados. Por otra parte, el buscar prosélitos era uno de los caracteres de aquella revolucion, y personas espresamente elegidas al efecto recorrian los diversos países difundiendo los principios revolucionarios, estableciendo inteligencias, fundando sociedades secretas, mientras que públicamente se protestaba que no trataba la Francia de hostilizar á nadie, y que respetaría á todos con tal que fuese respetada.

Federico Guillermo de Prusia, merced á las turbulencias de Holanda, habia contraído alianza con Inglaterra, y para humillar á Rusia y Austria, atizaba contra ambas el odio de la Puerta ofendida, de la Polonia desmembrada y del caballeresco Gustavo de Suecia. En efecto, en Polonia se reorganizó la faccion contraria á los rusos, y se reformó la constitucion bajo la garantía y la alianza de Prusia; pero todo fué en vano. La Rusia hizo la paz con la Turquía, consolidó su dominio en el mar Negro, cuyos puertos de Odessa y Cherson prosperaron pronta y notablemente, y tuvo la ventaja de que en

aquella guerra se formasen los valientes generales Suwarof y Coburgo. Habiéndose reconciliado luego con Gustavo, que la había hecho temblar, invadió la Polonia; y Prusia, variando de ideas, la auxilió para aniquilar aquel reino, cuyos campeones fugitivos no pudieron ya hacer mas que ofrecer sus brazos á Francia para sostener en aquel país una libertad que en su patria habían perdido.

La Francia, aliada de la Turquía, y teniendo un ventajoso tratado de comercio con la Rusia, esquivó las ocasiones de declararse por una ó por otra. La Holanda, su aliada, había tenido que humillarse al yugo del stathouder, y los Países Bajos, que estaban armados contra la opresion austriaca, y á quienes habían dado ánimo los movimientos de Francia, no encontraron apoyo en nadie.

Leopoldo II, hermano de María Antonieta y sucesor de José II, escarmentado con el ejemplo de éste y con los tumultos de Francia, seguía una conducta muy diversa de la de su antecesor y hermano. Luego que obtuvo la corona imperial [1790], declaró que consideraba los estados provinciales como fundamento de la monarquía, y que se ocuparía, de acuerdo con la nacion, en promover el bien público. Cuando apeló al juicio del país, de todas partes acudieron los súbditos pidiendo el restablecimiento de los antiguos derechos, palabra de sonido poco grato, y cuya amargura se templaba siempre con referirse al reinado de María Teresa. Así, pues, restableció los impuestos antiguos, suprimió los seminarios generales, disminuyó las atribuciones de la policía y de la administracion, abolió las trabas impuestas al comercio en nombre de la libertad, y las mejoras del sistema judicial que habían dado ocasion á tantos abusos; deshizo en suma la obra de su hermano, conservando, sin embargo, el edicto de tolerancia con el cual José II había ratificado todas las innovaciones eclesiásticas.

Los gérmenes de sedicion en Hungría, en Lombardía y en Bohemia, quedaron sofocados con la muerte del que los había sembrado. Los magyares pretendían que habiendo María Teresa violado la pragmática de Carlos VI, y no habiéndose coronado José II, habían caducado los derechos de la casa de Austria al trono apostólico, y que por tanto podían los húngaros elegir libremente un rey: sin embargo, atendida la bondad de Leopoldo, vinieron en nombrarlo, imponiéndole empero condiciones, á manera de las que entonces (1791) estaban dictando los franceses á su monarca, de suerte que quedase reducido al papel de un magistrado público. Pero Leopoldo reunió una dieta general en Buda, cosa que no se había visto hacia medio siglo, declaró que no aceptaría pactos ni discusion sobre sus derechos hereditarios, y no quiso firmar otras capitulaciones que las de Carlos VI. Como acto voluntario únicamente, acogió los votos de los Estados, prometiendo que no daría empleos á

los extranjeros, que reuniría la dieta y se concederian los impuestos de tres en tres años; que se establecería un consejo nacional independiente de toda autoridad que no fuese la del rey, y con facultades para reclamar contra toda providencia contraria á las leyes; que los Estados podrían dictar las disposiciones que creyeran convenientes para proveer á la educacion; que se usaria en los actos públicos de la lengua húngara, y que la mayor parte de los oficiales del ejército de Hungría serian elegidos entre los naturales del país.

En Bélgica declaró nulo todo cuanto se opusiera á los pactos de la *Joyeuse entrée* y á los privilegios provinciales; proclamó la constitucion antigua como la mejor de las constituciones, y anunció que por lo tanto no había ya motivo para las revueltas producidas por las arbitrariedades de su hermano; pero los dos partidos se negaron á toda avenencia con el emperador, y reconciliándose para resistir, exigieron un gobierno popular y el reconocimiento de su independencia. Veinte mil voluntarios, bajo la direccion de Van der Noot, habían podido dar mucho en que pensar al Austria, pero los Estados obraban como el emperador, es decir, despóticamente; de suerte que Vonck se lamentaba en voz alta de semejante tiranía. Por otra parte, la revolucion francesa caminaba con tal paso, que se hacia temer mas que la dominacion austriaca; y habiendo cesado el entusiasmo, no quedaba ya en Bélgica sino el odio recíproco, el miedo á los franceses, y la seguridad de que no había que esperar socorro extraño. Así cuando Leopoldo, habiendo hecho la paz con sus enemigos, mostró intencion resuelta de sujetar á los belgas á la obediencia, los Estados solicitaron entrar en pactos, y se hizo un convenio en el cual el emperador confirmó los antiguos derechos y privilegios, y abolió los decretos de José II. En este convenio se estipularon: la supresion de las quintas; la nulidad de los impuestos que no obtuviesen el consentimiento de los Estados; la inamovilidad de los jueces superiores, elegidos á propuesta en terna de los altos tribunales, y la obligacion de consultar á estos cuerpos y á los Estados para la publicacion de leyes nuevas, de reglamentos sobre aduanas y de reformas relativas á la administracion de justicia. No por esto se tranquilizaron los ánimos; las ideas de los patriotas de Francia hacían que se aspirase á una igualdad opuesta á las costumbres del país; y nuevas pretensiones y amnistías mal observadas, produjeron turbulencias y negociaciones.

Asustado de los progresos de la revolucion, Leopoldo se esforzó todo cuanto pudo en poner término á las disensiones de los monarcas; pero en vez de aprovecharse de la alianza inglesa que le había dejado su predecesor, hizo las paces en Reichenbach con la Prusia, para escitarla contra los revolucionarios franceses.

La Francia, á decir verdad, había declarado, y aun consignado en su constitucion, que renunciaba á toda conquista exterior, y para no inspirar recelos al Austria, no quiso tampoco dar oídos á los diputados de los Países Bajos; pero entretanto había declarado reunidos á su territorio la Córcega, cediéndola en prenda á los genoveses, el territorio Venesino y el Aviñon, prometiendo una compensacion al papa. En cuanto á los señores alemanes, que pretendían fuesen respetados en Alsacia y Lorena sus derechos feudales, cuando en todos los demas puntos estaban abolidos, debían darse por muy contentos si se les prometía un resarcimiento. Pero Francia se había atraído la enemistad de los reyes con los dogmas revolucionarios, con la declaracion de los derechos del hombre, con la abolicion de la aristocracia, con restringir el absolutismo real por medio, no de un senado aristocrático, sino de una representacion nacional.

Los príncipes y nobles franceses emigrados, habían fijado el centro de las tramas interiores y exteriores en Coblenza, donde esperaban los auxilios de las potencias del Norte; otros, fiándose en sus propias espaldas, se unían en el Piamonte, en Suiza y en España para combatir en la parte del Mediodía; hízose moda y moda honrosa, el emigrar, no ya individualmente, sino como asunto de corporacion; y mientras los emigrados con sus envidias y sus altas pretensiones se debilitaban por sí mismos, en lo interior eran causa de que se multiplicasen los sospechosos y las víctimas.

Suponiendo que el rey no tenía ya la voluntad libre, se negaban á toda obediencia: en vano Luis, de su propio puño, les escribió que se dispersaran, anunciándoles que de otro modo ponían en peligro su vida; no dieron oídos al rey preso, y á título de realistas hacían lo que se les antojaba. Pero los gabinetes extranjeros no secundaban su impaciencia y sus armamentos, antes bien, trataban de evitar la guerra, y querían no tanto promover una restauracion, como quedarse entre las guerras con alguna parte, aunque fuese pequeña, del país.

Los Condé, puestos á la cabeza de los emigrados, eran personajes sin esperiencia, el conde de Artois no entendía de armas, y habiéndole regalado Catalina II en Petersburgo una espada, para que, como *Enrique IV se abriese con ella el reino de Francia*, él la vendió en Londres en cuatro mil libras esterlinas para socorrer á los emigrados.

Gustavo de Suecia tenía vehementes deseos de capitanear una expedicion contra Francia; pero su país estaba muy remoto para ello, y un asesino lo sorprendió mucho antes de que pudiera idear los medios. Catalina II tenía todavía que hacer en Polonia y se contentaba con escribir de su puño consejos á María Antonieta diciéndole, que los reyes debían seguir su camino, cuidándose de la *gritería del pueblo como se cuida la luna del ladrón*.

do de los perros [1]. La Prusia, que siempre había tenido igual interes que Francia, se unió á su declarada enemiga y formó en Pillnitz (27 de Agosto de 1791) una *coalicion* con el emperador Leopoldo, declarando que la suerte de Francia importaba á todos los príncipes, y que por tanto debían éstos ponerse de acuerdo para establecer en aquel país un gobierno conveniente á los intereses del trono y del pueblo. Para este objeto organizaron tropas y realizaron una union heterogénea en que los pueblos tenían bandera diversa que los reyes, y en la cual, siendo inmensa la desproporcion entre todas las fuerzas militares y los recursos, cada monarca se hallaba en la imposibilidad de operar mientras no recibiese auxilios extranjeros. La Inglaterra que á todos pagaba, tenía intereses diferentes de los de todos ellos. Austria y Prusia, mientras ostentaban generosidad como en guerra de principios políticos y sociales, convenían en secreto que aquella no pondría obstáculo á las pretensiones de ésta sobre Polonia, y pedían á Francia nuevos países, así es que no pensaban realmente en sacrificios sino en conquistas. El conde de Provenza, aunque tan activo en busca de subsidios y armas y para hacerse reconocer como regente, jamás quiso ceder al Austria el Franco Condado, la Lorena, la Alsacia ni la Borgoña; y despues, cuando la casa austriaca trató de adquirir estos territorios por dote, casando al archiduque Carlos con la hija de Luis XVI, ésta rechazó la propuesta de matrimonio y dió su mano á otro Borbon desterrado, que fué el duque de Angulema.

Hasta entonces los diplomáticos no habían progresado mas que en la astucia y en el refinamiento de intrigas secretas como los guerreros en la táctica, dirigiendo al mundo con la fuerza y la sagacidad, no con los principios y la justicia. Por tanto, en la revolucion no vieron mas que una ocasion de aumentar sus respectivos territorios, ó cuando menos de humillar á Francia. ¡Ciegos que ignoraban que no se trataba ya del mas ó del menos, sino de existir ó no existir! Porque no tenían que habérselas con gabinetes y ministros, sino con un pueblo en revolucion que los arrojaba de su camino trillado. Sabían que Francia estaba desprovista de material de guerra; veían que los oficiales del ejército, todos nobles, emigraban; y no podían creer que ejércitos y héroes fuesen cosas que se improvisaran. Sus imprudentes amenazas armaron á Francia al mismo tiempo que se aumentaba la agitacion interior; los emigrados de Coblenza atizaban el fuego de esta agitacion, y la asambles respondía con decretos y confiscaciones, quitando al rey los títulos y el trono y fulminando disposiciones contra el clero. Aviñon había sido arrancada del yugo pontificio para ser entregada á la libertad, esto es, á Jourdan

(1) CAMPAN, *Mémoires* II 106.

Cortacabezas que mandaba degollar á todos los descontentos. El grito de los derechos del hombre resonó en la colonia de Santo Domingo, y los negros y los hombres de color se sublevaron matando á sus amos en nombre de Dios y de la libertad. En el Occidente de Francia se repitieron una y otra vez las insurrecciones cuya causa se atribuía al clero; y porque los curas que se habían negado á jurar, miraban á los demas como cismáticos y se llevaban á los habitantes de los pueblos para decir misa lejos de la vista de las autoridades, se les prohibió hasta el culto privado; exagerada precaucion de un gobierno amenazado por todas partes.

Luis opuso el veto á estos escesos, pero entonces se prescindió ya de las consideraciones que hasta aquel momento se habían guardado á la autoridad; Isnar decía: se nos habla de aumentar el poder de un rey, de un hombre cuya voluntad puede detener la de la nacion, de un hombre provisto de treinta millones de renta, mientras millares de ciudadanos perecen en la miseria. Se nos habla de admitir de nuevo la nobleza: aunque todos los nobles del mundo debieran asaltarnos, los franceses con el oro en una mano y el acero en la otra, combatirán á esa canalla presuntuosa y la obligarán á someterse al suplicio de la igualdad. Hablad á los ministros, al rey, á la Europa, como conviene á representantes de Francia. Decid á los ministros que estais descontentos de ellos; que por responsabilidad entendeis la muerte. Decid á la Europa que respetareis las instituciones de todos los imperios: pero que si se suscita una guerra de reyes contra la Francia, vosotros suscitareis una guerra de pueblos contra los reyes."

Entre aplausos y regocijo se decreta invitar al rey á que exija de los príncipes de Alemania que dispersen la muchedumbre de emigrados reunidos en las fronteras. Luis accede y organiza en ellos tres ejércitos mandados por Rochambeau, Luckner y Lafayette. Pero las vacilaciones del emperador Leopoldo irritan á los franceses; á su muerte, Francisco II su sucesor (1792), exige que se restablezca la monarquía de 1789; la indignacion estalla, pareciendo un atentado contra la soberanía nacional y una escitacion á la guerra civil la insultante pretension de abolir una constitucion jurada por el rey; razon por la cual el ministerio girondino no puede evitar que se declare la guerra al rey de Bohemia y de Hungría. Así, pues, la Francia rompió las hostilidades (7 de Febrero de 1792) porque fué provocada; los guardias nacionales solicitaron el permiso para marchar á esta guerra, y muchos generales se ofrecieron á tomar parte en ella, entre los cuales se encontraba Dumouriez, único hombre de carácter que militaba en las filas de los débiles girondinos, y que nombrado ministro de la guerra, se prometió acabar con facilidad la conquista de los Países Bajos, á la sazón sublevados. Pero he aquí que al primer

encuentro el ejército revolucionario huye; la esperanza se demuestra risueña con los reyes; y en breve á los austriacos se unen los prusianos, soldados veteranos de Federico, que esperan disipar en pocos momentos las turbas de reclutas franceses, poco numerosas y no muy provistas; por lo cual amigos y enemigos creen verlos pronto en Paris.

La humillacion entonces envenenó los ánimos, y como sucede comunmente en los desastres, cada uno de los partidos atribuía la culpa al contrario. Dijose que los clérigos habían apelado al soborno, por lo cual se decretó que todo eclesiastico pudiese ser deportado cuando lo acusasen treinta ciudadanos. Los ministros, sacados alternativamente de los clubs predominantes, vigilaban todos los pasos del rey denunciando como conspiracion cualquier acto de adhesion al monarca; y una comision de vigilancia se encargó de espiar hasta los suspiros de los ciudadanos. A cada paso se daban mueras á la reina y se pidió su cabeza en los motines que á consecuencia invadian el palacio; el rey, no viendo delante de sí mas que un puñal ó la suerte de Carlos I, no se atrevió ya á usar del veto; más dispuesto á sufrir que á querer, y no confiando sino en los emigrados, pasaba el tiempo en la inaccion esperando.

Los demagogos, dirigidos por Robespierre y Danton se aprovecharon de este estado de cosas. Robespierre, abogado de Arras, que siempre tenia en la mano á Rousseau, había obtenido un premio por el elogio de Gresset, todo lleno de encomios, en que se alababa á los frailes, á Luis XVI y á los cortezanos; y en la asamblea había propuesto la abolicion de la pena de muerte. Hombre de semblante innoble, de voz hueca, verboso, adúlador del pueblo, no haciendo nada, censurándolo todo, mezclando siempre la propia alabanza con las adulaciones dirigidas al pueblo, fomentaba incesantemente los bajos sentimientos de ira y de celos, movido de su miedo, de su espíritu de venganza, y especialmente de la envidia con que las medianías, como la suya, miran generalmente á toda persona superior.

Desde el primer dia de su elevacion hasta el último no hizo mas que denunciar; hablando siempre de traidores, del bien público, de asesinos de la patria, queria mostrarse como el único hombre íntegro, pretendia "exitar el santo celo de la virtud" y decía con insigne verdad: "Nunca se va tan lejos como cuando no se sabe á dónde se camina. Danton, ignorante, pero hombre de imaginacion, atlético de cuerpo, pero brutal en sus pasiones, no envidiando á ninguno y creyéndose bueno para todo, anheloso de ejercitar sus facultades hasta entonces comprimidas, decía: *Sea maldito mi nombre, pero triunfe la libertad.* Conocido por él un gran fin, no manifestaba escrúpulo en los medios, á diferencia de Robespierre que queria darse el aire de virtuoso. Este abrigaba infames rencores contra

sus adversarios, al paso que Danton se apasionaba del objeto, pero era tolerante con los individuos. Fué el primero en proclamar que era necesario *inspirar miedo* á los aristócratas; por consiguiente no examinaba ni justificaba los sacrificios, bastándole para admitirlos creer que eran necesarios, y provocando medidas que adoptadas fuese imposible retroceder, y que venciesen la temible tibieza de la poblacion. "En tiempos tranquilos, decía, se perdona al reo por no herir al inocente; lo contrario sucede en la revolucion, la cual es la sociedad que acelera su accion en todo, hasta en la justicia." Tal era su parecer, y por lo mismo hasta en medio de la matanza gritaba contra el moderantismo que decía que iba á arruinar la revolucion. *Para triunfar, esclamaba, se requiere audacia, audacia y siempre audacia.* Como Mirabeau, influia con el racionio sobre las pasiones, siendo capaz de aceptar sueldo, pero no de abandonar la causa á que se había adherido: y sin embargo, falto de fe, no veía delante de sí mas que la nada.

Estos agitadores que representaban violentamente las pasiones mientras la asamblea representaba débilmente la razon, enviaron emisarios á los departamentos meridionales gritando que la libertad perecia y que era preciso salvarla. Treinta mil plebeyos se presentaron en la asamblea [20 de Julio de 1792], cantando el *zaira* y bramando: *abajo el veto: vivan los descamisados.* Guiados por el cervecero Santerre demagogo de voz atronadora, invadieron el régio alcazar, rodearon á Luis, lo sabieron sobre una mesa y poniéndole un gorro colorado le gritaron: *no mas veto, no mas clérigos, no mas aristócratas: te engañan, Luis; te engañan.*

Con la pagana declaracion de que la patria estaba en peligro, quedó la salvacion del pueblo proclamada por ley suprema; constituyéronse en permanencia las sociedades patrióticas, armarónse todos los hombres y se nombró una comision de insurreccion fomentada por Marat, médico de Neufchatel, que en el *Amigo del pueblo*, con tono de insolente familiaridad, instigaba al derramamiento de sangre, y que ocultándose para evadir las persecuciones de la justicia, se vengaba con exageraciones del horror que causaba al público. Este hombre hablaba de millares de cabezas que debian ser cortadas, y decía: "Dadme doscientos napolitanos con capa y puñal, y recorriendo con ellos la Francia haré yo la revolucion." Llegó á su colmo aquel furor al entrar los marseleses en Paris, de quienes tomó el nombre la famosa cancion de guerra, rugido de furor en que la voz, el paso, el gesto mismo, embriagaban de patriotismo, de ternura, de crueldad para postar á los enemigos en el campo y en el patíbulo. Una insolente proclama contra Francia, lanzada por el duque de Brunswick, discípulo de Federico II, sibarita y espartano, francmason, y no obstante, general del ejército pruso-austriaco, acabó de concitar los

ánimos; y los jacobinos prepararon una sublevacion general dirigida por Danton, Collot d'Herbois, Billaud-Varennes y Robespierre, el cual habría sido nombrado dictador si hubiese tenido tanto vigor de ambicion como tenia de odio.

Esta sublevacion, prevista y no remediada, estalló el 10 de Agosto: los suizos y unos cuantos franceses leales á la antigua bandera defendieron las Tullerías; pero á Luis le faltó valor para montar á caballo y ponerse á su cabeza, y se refugió con su familia en el seno de la asamblea, diciendo: "Vengo para evitar una gran catástrofe: siempre me creeré seguro entre los representantes de la nacion, y aquí permaneceré hasta que se restablezca la tranquilidad." Y allí, bajo una lluvia de ironías y de desprecios legales (1), fué encerrado con los suyos en un mal aposento, desde donde, en la terrible espectacion de diez y seis horas, entre el ruido del cañon, que alternativamente se acercaba y alejaba, y en presencia de enemigos que espiaban sus miradas como si fuesen delitos, vió perecer la monarquía, y se oyó declarar suspenso de sus funciones de rey.

Mientras tanto, fuera de la asamblea continuaba la carnicería: mujeres furiosas se mezclaron en la pelea: los marseleses tomaron aun mayor parte en ella; y el cañon vomitaba continuamente metralla contra los suizos que se defendian como héroes, hasta que habiendo cesado el fuego por orden del rey, fueron degollados, y las turbas penetraron en el palacio. La libertad desearia poder borrar de sus fastos los horrores de aquel dia [2]. Los jacobinos atribuyeron la culpa al rey; Danton pidió armas y una república en que todos, y hasta las mujeres tuviesen voto; Marat gritó que todos eran traidores; Robespierre tuvo la habilidad de hacerse creer incorruptible y celoso del bien del pueblo, y los departamentos secundaron el pronunciamiento de Paris.

Aquel terrible triunvirato propuso que se decretara que todos los ciudadanos se retirasen á sus casas al toque de tambor; que se cerrasen los clubs; que se visitasen las casas de todos los ciudadanos, y se recogiesen las armas que se encontraran; que se prendiese

(1) Viendo al pintor David y preguntándole si acabaria pronto su retrato: le respondió éste: "No retrataré jamás á un tirano, á no ser teniendo delante de mí su cabeza separada del tronco."

(2) Estremece la lectura de estas escenas tan pintorescamente descritas por Lamartine en su *Histoire des Girondins*, y en las cuales se revela que se llevaron en aquella ocasion la perversidad y la ferocidad á un extremo imposible de comprender en canibales y aun fieras. También espanta ver á aquel poeta terminar con palabras de disculpa y hasta de entusiasmo, la narracion de actos que nos harian avergonzar de ser hombres, si no sintiésemos dentro de nosotros el estremecimiento de la indignacion.